



H. Biele, editor.

Litog. de Biele.

Rahab.



## RAHAB.

Y luego que los hubo despedido  
(á sus dos huéspedes) colgó la cinta  
colorada en la ventana.

(Josué. II. v. 21.)

HOMBRES y leyes, hé aquí lo que Moisés al morir dejaba á Josué, su sucesor. Las leyes eran sábias y armónicamente combinadas: una vida llena de fatigas y de privaciones, un desierto de cuarenta años entre los arenales y las montañas del Desierto, luchas á mano armada contra las tribus limitrofes, todos estos esfuerzos reunidos habian disciplinado y aguerrido aquellos hombres. Pero faltábales el suelo donde fijarse, aquel suelo que es para los pueblos lo que el hogar doméstico para los individuos, el querido y sagrado asilo de las mas preciosas riquezas y de los mas suaves goces, el punto en donde se concentra la fuerza del ataque y de la resistencia, el manantial fecundo en que se alimenta la vida. Las razas nómadas no pasan de un pueblo comenzado: las razas separadas de su tronco viviente y arrojadas sin raíces sobre tierra estraña por la espada del conquistador, no son mas que un desecho de pueblo, restos,



ruinas de una nacion: las unas y las otras, semejantes á unas sombras fugitivas, pasan sin hacer ruido en la historia de la humanidad, hasta el día en que se fijan en regiones invadidas, ó vuelven á empezar sobre la tumba de sus antepasados una nueva existencia. Las leyes, las costumbres, la civilizacion en general, parece que surgen de la tierra como el verdor y las plantas. Verdad es que los pueblos vencidos pueden llevar consigo en su dispersion el idioma nacional para cantar la patria, y su corazon para amarla; pero no pueden devolverle su nombre ni su prosperidad, sino dejándola sentar sobre un suelo defendido por su espada, cultivado por sus manos y marcado con el sello de su genio y de su libertad.

El que debía constituir definitivamente los hebreos dándoles una patria, era Josué. Valiente en la guerra, perspicaz y sabio en el consejo, hábil y recto en dirigir los ánimos, y fuerte con el poder de su elocuencia, habia fijado la atencion y el aprecio de Moisés; fué elegido de lo alto para continuar la obra de aquel grande hombre, y le cupo el honor de corresponder á tal eleccion por la firmeza de su carácter y por el heroísmo de su espíritu de sacrificio. Emancipados del yugo del Egipto, escapados de las soledades devoradoras de la Arabia, los hebreos estaban acampados en las llanuras de Moab, no lejos del Mar Muerto. Moisés acababa de fallecer sobre la cumbre del monte Nebo, despues de haber paseado su vista sobre el país de Canaan, larga y simpática mirada por aquel suelo, objeto de tantos votos y esperanzas, con tanto ardor y por tan largo tiempo alimentadas. Entonces Jehová dijo á Josué: "Mi siervo Moisés ha muerto: anda y pasa ese Jordán al frente de todo tu pueblo, y entra en la tierra que tengo destinada á los hijos de Israel: toda la estension de ella que pisarán vuestras plantas, os la daré, segun las promesas que hice á Moisés. El país de los hetos os pertenece, desde el Desierto del Egipto y el Líbano, hasta el río Eufrates y el Mar Grande, que os sirven de confines. Nadie, durante tu vida, podrá resistir á Israel: como estuve con Moisés, así estaré contigo, sin dejarte jamás. Sé firme y esforzado, pues tú has de repartir por suerte la tierra que prometí á sus padres que le daría. . . ."

Esta tierra prometida á los patriarcas, y en la que sus descendientes iban á habitar como señores, era entonces de una maravillosa fecundidad. Situada bajo una latitud mas meridional aún que la parte en el día colonial del Africa, presenta sus vallados y sus colinas á los fuegos de un sol siempre ardiente, mientras que el Mediterráneo envía allí desde el Occidente sus frescas y regaladas brisas. El Líbano con sus copudos cedros la protege contra los frios vientos del Norte, y una cordillera de montañas

que le sirve de limite por la parte del Mediodía, y corre despues hácia el Este, mas allá del Jordán, detiene en su marcha aquellas oleadas de aire sofocante y abrasador que se exhala de los arenales de la Arabia. Raras son allí las lluvias, á menos que sea en otoño ó primavera, pues en la estacion estival no hay mas que abundantes rocíos. Pero brotan de los flancos de las montañas abundantes chorros de agua, y las concavidades de los valles conservan su capa de verdor á beneficio de esta humedad que mantiene sin interrupcion la misma naturaleza. El suelo presenta diversos aspectos, que admiran por su oportuna variedad: llanuras propias para el cultivo, colinas pedregosas, donde pueden medrar las viñas y los árboles frutales, y cuyas faldas, cubiertas de espesa yerba, presentaban fácil alimento á numerosos rebaños. El país daba en abundancia aceite y miel, cebada y trigo, y todas las sabrosas y delicadas producciones de los terrenos meridionales. Así es como aquella inundacion de gentío pudo muy fácilmente entrar y apiñarse entre sus mas estrechos lindes, sin tener que sufrir los rigores de la miseria ni del hambre.

No sería razonable el tomar el estado presente de la Palestina para juzgar de su primitiva fertilidad. El hierro y la llama han pasado veinte veces sobre la faz de aquella tierra desdichada: el hombre no derrama ya en ella sus fecundos sudores, ni su mano viene á detener los bruscos ataques de una naturaleza selvática, ni á corregir los deterioros é injurias que el tiempo deja en pos de sí. La guerra estuvo allí de asiento por largo tiempo, y lo dejó todo agostado bajo su planta abrasadora: sentóse despues de ella la barbarie, y todo ha quedado en su derredor triste, sombrío, taciturno, y caído en una languidez siempre mas decadente. A vista de aquellos campos estériles, en donde duermen tantas ruinas, parecemos ver levantarse las sombras de los antiguos profetas de la Judea, y señalar con el dedo el terrible cumplimiento de sus amenazas contra la infidelidad de Israel. Una tierra á medio cultivar, una vegetacion endeble y enfermiza, aldeas miserables esparcidas sobre desnudos collados, rebaños demacrados de cabras y de carneros, conducidos por un escuálido pastor, á quien se tomara por el espectro del hambre; una especie de velo sombrío y sin esperanza como tendido sobre aquellas regiones que llevan el luto de una eterna viudez, y la marca de fuego del cautiverio. Todas estas desolaciones juntas hacen respirar allí como un ambiente de indignacion divina, y parecemos sentir pasar sobre nuestra cabeza atremecida el soplo de Jehová, que arroja á gran distancia la aridez y la melancolia.

Y sin embargo, esta tierra, á pesar del anatema contra ella fulminado, conserva todavia señales de grandeza y de fecundidad que dejan entre-



ver lo que fué, y lo que podia ser aún. ¡Qué país del antiguo continente ofrece en su conjunto perspectivas mas grandiosas, en que la gracia y la majestad resulten en proporciones mas felizmente combinadas! Colinas y montañas, agrupadas en cadena continua ó dispuestas en anfiteatro, abren por entre sus dentelladas cumbres y sobre sus torneados flancos, horizontes bañados de purísima lumbre, y huyendo por entre las honduras de un argentado cielo. Los vapores transparentes y las sombras estables, cual se observan siempre en los climas cálidos, el verdor y el sol, la tierra y el firmamento, todo está enlazado y combinado con una inimitable armonía de líneas y de colores, con un concierto maravilloso de fuerza y de suavidad. En ninguna parte quizás trazó la mano del Supremo Artífice tan primorosos dibujos, ni derramó con tan larga mano los tesoros de su pincel, ni multiplicó con mayor profusión los mágicos y variados efectos, ni lo dispuso todo con mas embelesante simetría. Bajo esta atmósfera ardiente y serena crecen de trecho en trecho algunos grupos de arbustos siempre verdes, pero tambien siempre menguados y sin medrar, porque les falta el cultivo, y porque el árabe deja comer las tiernas ramas á sus rebaños. Mas allá se descubren árboles nudosos y corpulentos, cuyas densas y pobladas copas dan un poco de sombra á los viajeros. Brotan del lecho de un seco arroyo penachos de rosas y laureles formando matizadas praderas: sicómoros, plátanos y granados silvestres se arraigan por sí mismos en las pendientes de las montañas, cuyos contornos visten como de graciosas guirnaldas; y bosquecillos de higueras negras, de nopales y de naranjos, cubren de frescura y de verdor algunos valles privilegiados. En las llanuras una capa profunda de tierra negruzca y ligera produce altas yerbas, densos zarzales, cardos enormes, y toda especie de plantas y de flores. Estas riquezas naturales, muestras de espontánea fecundidad, resultan entre mil señales de ruina y desolacion, como una sonrisa irónica que Dios deja caer sobre un pueblo ingrato para quien habia preparado tan espléndida morada, sobre un país que la impostura y el despotismo del Koran han vuelto tan miserable, y que recobrará su ornamento y su prosperidad cuando manos libres abrirán sus entrañas al sol vivificante de la civilizacion cristiana.

Madama Cottin, bajo el título de *La toma de Jericó ó la pecadora convertida*, describió con fresco é interesante colorido la parte mas importante de la historia de Rahab, dorándola con los rasgos de una imaginacion viva y risueña. No siendo posible trasladar aqui por entero sus graciosas páginas, tomaremos una que otra de sus escenas cuando lo permita la oportunidad, para no separarnos demasiado del testo histórico.

Véase la descripción del campo de Israel luego despues que Josué habia bajado del monte y habia escuchado la voz del Señor.

“Al llegar á su tienda, manda sonar la sagrada trompeta para convocar junto á sí todas las tribus. Estiéndese el estrepitoso sonido por la inmensa llanura, semejante al bronco fragor de las bocinas invisibles que resonaban entre las nubes del Sinai. Esta señal es un anuncio de que el cielo acaba de hablar: toda aquella muchedumbre de pueblo en masa se pone en movimiento, y aparece en aquellos vastos desiertos como las olas de un mar agitado. Cada uno corre precipitadamente en varias direcciones, y pregunta con afanosa impaciencia cual sea la revelacion divina, de la que depende la suerte general. Cada tribu se vá acercando con lentitud á la tienda de Josué. Avánzase al frente de todas la soberbia y numerosa Judá, que obtuvo siempre el primer rango desde que le fueron prometidos por Jacob el cetro y la gloria sin igual de dar un salvador al mundo. Siguela inmediatamente la orgullosa Efraim, que se gloria de descender de José, de formar una raza patriarcal, y sobre todo, de ver en el venerable gefe de Israel un miembro elegido de su seno. Aparece Leví por su orden: aunque escluida de la repartición de las tierras, cree que el derecho esclusivo á ella sola de dar sacerdotes al Señor, compensa y aun aventaja toda otra prerogativa. Tú seguías despues, infortunada Benjamin, tú que pones tu gloria en ser hija del predilecto de Jacob: ¡ah! no preveías entonces las abominaciones que debian abortar en tu seno, y que el ódio contra tí uniría á tus propios hermanos para destruirte. Cada tribu, en fin, ocupa su lugar. La última que llega es la de Dan, aunque su nacimiento le dá un derecho de primacia sobre Neftalí; pero destinada sin duda para dar á las otras el ejemplo sacrilego de la idolatría, quiso Dios castigarla de antemano, porque habia de ser la primera en abandonar su culto.

“Josué estiende sus miradas paternales sobre esta numerosa descendencia de Jacob, que fijando todos en él la vista, é inclinado el cuerpo en señal de respeto, esperaban con sumision que se les revelase la voluntad del Señor. El inspirado caudillo levanta al cielo sus ojos resplandecientes, y parece por algunos instantes como en misteriosa comunicacion con la Divinidad. La innumerable multitud de oyentes, diseminada á largos trechos y en distintas direcciones, guarda un silencio respetuoso y sublime; porque nada mas imponente que cuando calla la voz de un gran pueblo, y solo se percibe el ruido del viento que hace reonar las ramas de los árboles. Cada israelita dirige al cielo ocultamente sus votos, mil recuerdos se agolpan en aquel momento en su imaginacion, el alma sofoca todos los afectos, y solo le queda la esperanza; y si algun ligero movi-



miento puede interrumpir la quietud universal á lo largo de las filas, es algun mal comprimido suspiro.

“Josué vuelve á fijar sus ojos sobre la tierra, se entenece, estiendo con gravedad sus brazos y dá la fervorosa bendicion á su pueblo sumiso. En medio del religioso silencio, empieza á resonar su voz sin obstáculo por las vastas llanuras y todos la perciben á gran distancia. “Hijos de Israel, esclama: el Dios de los ejércitos acaba de hablarme, y nos manda emprender la conquista de la herencia que despues de tanto tiempo destina á la posteridad de Abraham. Si es sincera nuestra fé y ciega nuestra obediencia, el mismo nos promete la victoria.” Calla aquí la voz de Josué, los ecos la llevan tal vez mas allá del campamento, y se pierde por el espacio inmensurable. Un grito de júbilo iba á escapar de la multitud; pero Josué estiendo sobre su pueblo la vara misteriosa y vuelve á imponer silencio. Alza otra vez los ojos al cielo, para saber sin duda si ha de revelar mas. Inflámase su semblante, estiendo á lo alto sus manos, lágrimas brotan de sus ojos, todo el pueblo atento á sus acciones cree que Jehová descende otra vez sobre la tierra: todos bajan la frente hasta tocarla, y quisieran aun humillarse mas. A pesar de las bondades que acaban de oír, todos temen haber ofendido al Señor, y vacilantes entre el temor y la esperanza, cae de sus ojos en abundancia aquel dulcísimo llanto que purifica el corazón y le prepara para la felicidad.

“El silencio universal se interrumpe ya por sollozos prolongados que se perciben de todos puntos. Unos golpean sus pechos, otros quisieran ocultar su rostro entre la tierra. Auméntase el confuso ruido de la consternación general. ¿Por qué no habla Josué? Oyese repentinamente su voz: “No temais,” y vuelve la multitud á quedar muda é inmóvil: vais á ver renovados todos los prodigios que asombraron á vuestros padres en el Desierto. El Señor mismo en persona marchará al frente de su pueblo: el grande, el fuerte, el inmortal: á su voz poderosa, á la voz que dividió las ondas del Eritro, los montes tan antiguos como el mundo caerán; los peñascos respetados por los siglos se estrellarán, los rios le abrirán senda entre sus ondas, porque el Señor es grande, manda á los elementos, y sostiene entre sus manos los cimientos de la tierra. Indignado entonces, hollará bajo sus plantas á los impios que temblando invocarán á la nada para que los devore; pero la nada no responderá á su clamor, y nosotros los veremos desaparecer á nuestros ojos, como la hoja seca que se lleva el viento. Apresurémonos, pues, á cumplir lo que Dios manda, él nos sostendrá en tan santa empresa. Mas antes de dejar las

llanuras de Moab, para acercarnos á las orillas del Jordan, mientras ofrezcamos sacrificios al Señor, y todos los hijos de Israel, guardando rigurosa abstinencia, evitarán por tres dias los abrazos de sus esposas: voy á enviar á Jericó dos de los mas valientes, para que nos informen de las fuerzas de la ciudad y de la disposicion de sus habitantes.

“Calla Josué, y la muchedumbre, agitada como un espeso bosque sacudido por el ábrego impetuoso, aplaude con aclamaciones confusas las palabras de su digno gefe, arde ya en el deseo de vencer bajo sus órdenes, y manifiesta su gratitud al Señor con gran número de holocaustos. Los gefes de cada tribu se reunen tumultuosamente para descubrir quién será el escogido: huyen los débiles asustados por el peligro de la empresa, y los intrépidos se acercan ansiosos de obtenerla. Josué, entretanto, se retira de entre el pueblo, quizás para buscar en el silencio la voluntad del Señor en la eleccion de los dos exploradores.”

La autora de *La toma de Jericó* introduce dos personajes designados con los nombres de Horam y de Isachar; pero el texto sagrado se limita á indicar que Josué, para rendir mas fácilmente bajo el imperio de sus armas las fronteras de aquella hermosa region, envió delante de sí á dos intrépidos guerreros, encargados de reconocer el punto en el cual debia operarse la invasion. Hallábase Josué entonces en Setim, dos leguas mas alla del Jordan, al norte y no lejos del Mar Muerto. Casi en frente, y tambien dos leguas mas acá del rio, se hallaba situada Jericó, la primera ciudad que era preciso tomar, y allí se dirijieron los dos enviados con riesgo inminente de su vida.

La fantasia de Madama Cottin intercala con oportunidad un diálogo entre los dos guerreros durante el camino.

“No bien los primeros rayos del dia habian bañado de luz pura las tortuosas cimas del Garizim, cuando el bravo Horam y el jóven Isachar se dirijieron hácia el Jordan: fieros entrambos por la confianza de su gefe y sumisos á las órdenes de su Dios, despreciaban intrépidos el peligro, y solo pensaban en la gloria. Horam, cargado de dias y de experiencia, testigo por espacio de cuarenta años que divagaba con sus hermanos por el Desierto, de todos los milagros que Dios habia obrado á su favor y de las terribles venganzas con que habia castigado sus iniquidades, instruído con gusto al jóven héroe de lo que habia visto. Este vasto y fértil país que atravesamos, le decia, perteneció un tiempo al infiel Amorreo, pero despues vino á ser patrimonio de nuestros hermanos. Ruben, Gad y Manases se han establecido en la orilla oriental del rio, allí siegan pacíficamente sus mieses, y ven espumar en sus anchas cubas el generoso vi-



no, llenando otras de claro aceite. Divisais aquellas vastas llanuras que se estienden á la otra parte del Jordán, cubiertas de lino, aromáticos bálsamos y abundosos pastos, sombríos por la espesura de los olivos y cedros, allí se levanta la ciudad de las palmas, la soberbia Jericó, cuyas altivas torres parecen tocar el cielo que ultrajan; mas allá recorréis de una ojeada todo este inmenso país, desde Segor en las fronteras de Idumea, hasta la cuna del Jordán, al pié de las montañas del Libano. Esta es la herencia prometida á nuestros padres y que el Señor pondrá en nuestras manos, si con una fé ardiente y sincera nos presentamos á nuestros enemigos. ¿Qué importa que inunden la llanura con sus innumerables escuadrones, si el Dios fuerte está de nuestra parte? ¿Quién es el indigno israelita que, acordándose del paso del Mar Rojo, del agua que brotó de la Peña de Oreb y de la ley dada por Dios mismo en el monte Sinai, ose dudar aún del éxito de una empresa que nos manda el mismo Dios? No olvidéis jamás, Isachar, que Moisés, el profeta mas grande que ha admirado Israel, por un solo momento de vacilar en su fé fué condenado á no entrar en la tierra de Canaan. Tened siempre á la vista este ejemplo, y si no os sentís con bastante esfuerzo para superar los riesgos que sin duda nos esperan en Jericó, volved los ojos á la montaña de Nebo y considerad que por expiar una sola flaqueza, espiró allí nuestro santo legislador, despues de ochenta años de fatigas, por la gloria del Señor.

“ Sé que tanto los males como los bienes, respondió Isachar, nos vienen por disposicion del Altísimo: sometido siempre á sus leyes y reconocido á sus beneficios, no vacilaria mi fé ni aun á la vista de la mas espantosa muerte. Asi Dios me habia prometido por boca de Moisés, que antes de acabarse el año me haria conocer la esposa que me destina, la que llevará en su seno la gloriosa estirpe de que deberá nacer el Salvador del mundo: estamos ya en el último dia del año; hoy me separo de las jóvenes doncellas de Judá y parto á un país de idólatras. ¿Y entre su sangre impia habrá Dios escogido la que quiere élevar sobre todas las mugeres de Israel? No pretendamos sondear, replica Horam, lo que no podemos conocer: los pensamientos de Dios distan mucho de los nuestros, y sus caminos son inscrutables; lo que ha prometido lo cumplirá. A vos solo os toca ejecutar sus mandatos; conservad recto vuestro corazón y puras vuestras manos; someteos sin reserva á su voluntad, y dejad para el Señor el medio de cumplir sus promesas.

“ Así hablaban los dos viajeros cuando llegaron á la orilla del grande río, cuyas aguas salidas de madre inundaban los campos. Ora se acercasen al torrente de Jaser, ora bajasen al lago Asphaltite, no pudieron hallar paso alguno. ¿Nos habrá abandonado el Señor? exclamó Horam le-

vantando sus manos al cielo. ¿ Vos sois el que dudais? clamó Isachar con sorpresa, ¿y habré yo de enseñaros cómo una fé sincera sabe triunfar de este obstáculo? Dice, y precipitándose al río, lucha contra las ondas que le rechazan á la orilla, y venciendo al fin el furor de la corriente, toca á la orilla contraria, afirma su planta sobre la tierra de Canaan y dá gracias al Eterno.

“ Viéndole sobre la ribera opuesta Horam, se esfuerza en imitarle, lucha con fatiga contra la corriente que le arrastra, y llega en fin á su compañero, y se confunde de que un antiguo amigo de Moisés se haya dejado pasar adelante por un hijo del Desierto. Su corazón está para tocar á la envidia; pero sofoca luego tan bajo sentimiento al acordarse que Isachar está destinado para ser la cabeza de la real estirpe de Judá, y se complace en verle sobrepujar á todos los demás mortales en belleza é intrepidez.”

Los dos enviados se detuvieron en una casa que daba á los muros ó bahartes de la ciudad, en la cual vivia Rahab, muger de costumbres equívocas, cuya descripcion hace la pintora de *La toma de Jericó*.

“ La noche empezaba á cubrir con su negro manto toda la tierra, cuando los dos israelitas entraron en Jericó: turbados por hallarse solos lejos de los suyos en medio de una nacion idólatra, no sabian lo que debían hacer ni á quien pedir la hospitalidad. En esta incertidumbre permanecían separados no lejos de la puerta de la ciudad, cuando vieron pasar cerca de ellos una jóven que iba por agua á la fuente. Un largo velo ocultaba una parte de su blonda cabellera, y la otra se dejaba caer sobre un cuello más blanco que el marfil; era bella, pero sus mejillas húmedas de llanto parecían empañar algun tanto el brillo de su hermosura. Caminaba pálida y abatida, semejante al jazmin que dobla dulcemente su capullo cargado con el rocío de la mañana. Al reparar en los dos viajeros, se cubre de rubor, se para un momento como incierta, pero se acerca luego, y levantando sus ojos tímidos les dice: “Estranjeros, no sé el objeto que os conduce á nuestros muros, pero cualquiera que sea, la casa de Rahab está abierta para vosotros; no temais en descansar en ella, y creo no os pesará de haber entrado.” Los dos israelitas, sorprendidos gustosamente de su proposicion, no vacilan en aceptarla. Isachar, movido por la belleza y el pudor de la jóven desconocida, se siente impelido por un poder invisible que obra en él sin saberlo. “¿Quién sois vos, le pregunta, virgen encantadora, vos que no desdenais á los infelices viajeros?” “¡ Ah! ; yo no soy una virgen, respondió con un amargo suspiro; los odiosos ministros de Baal abusaron de mi juventud y de mi inocencia: no puedo recordar aquellos dias de mi estravío, dias amargos para mí, sin que sienta



mi espíritu abatido y como si me abandonase! ¡Oh! si el Dios de Israel se dignase compadecer el dolor de mi corazón, y purificarme de mi oprobio, yo le dirijiría mis suspiros desde las cimas de los montes y á mí misma le ofreciera en holocausto para aplacar su furor." "¡Ah! le interrumpió Isachar con emoción, ya que vuestra alma se ha conservado pura y tenéis dolor de vuestras culpas, yo os lo prometo, hallaréis gracia delante del Señor." "Sí, añadió Horam, en voz baja, si salvais á los hijos de Israel y les ayudais en su empresa, se os perdonarán vuestros pecados, y el Señor os dará su gracia." A estas palabras cobró aliento la jóven de Jericó, sus ojos brillaron con una dulzura celestial, y se obligó á conducir los viajeros á su casa. Isachar le tomó la mano; marchaban ambos con lentos pasos delante de Horam, y se escapaban de sus labios suspiros involuntarios. La noche era bella y regalada: un venticillo ligero agitaba blandamente las hojas de las palmeras, las flores espontáneas que crecían en torno de la ciudad llenaban el aire de suaves perfumes, oíanse los gemidos de la amorosa paloma, y el impetuoso Jordan hacía resonar á lo lejos el ruido de sus aguas. Isachar contemplaba silencioso la seductora timidez y la graciosa modestia de la jóven Cananea; su corazón sentía por grados una especie de encanto, al modo que el dulce vapor de un sueño se va insinuando en los ojos fatigados, y decía consigo mismo, hoy es el día en que Dios me prometió enseñarme la esposa que me destina. Pero, ¿cómo podrá admitir por sierva suya la que fué profanada por el impío? ¡Ah! ¡ojalá la perdona como yo la perdono! "Dios de Israel, decía en su corazón la jóven turbada, ¿será ilusión que hayas destinado uno de tus hijos para salvar mi alma, y á mí para salvar su vida? ¡Oh! sea este jóven guerrero, y no en vano habré implorado tu santo nombre."

"En esto llegaron á la habitación de Rahab. Sencilla y cómoda, no brillaba con el mármol, el oro y la seda: una vid de pocos años cubría como un tapiz su techo y sus paredes, y al entrar se pasaba por una umbrosa bóveda formada por plátanos y limones: situada sobre un terraplen del muro, se levanta sobre las otras, y domina toda la campiña. Apenas han entrado en el umbral los viajeros, la hermosa Cananea les prodiga solícita todos los deberes de la hospitalidad: ya llena una gran vasija de bronce y les lava por sí misma los cansados pies con agua tibia y olorosa; ya cubre una mesa con tortas de trigo candéal, dátiles, olivos, y un panal de dorada miel, y echa en copas coronadas de flores leche pura y dulcísimo vino. En todos sus cuidados, en todos sus movimientos respira la jóven pecadora una sencillez, un abandono, el sentimiento de sus propias faltas imprime un cierto aire tan seductor en su fisonomía, que Isachar siente crecer en su interior una oculta llama: su corazón le ha

dado ya el nombre de su amada, pero la voluntad del cielo le detiene, y espera que el Señor haya hablado antes de atreverse á descubrir sus deseos.

"Antes que los ojos de los viajeros se cierran al delicioso sueño, Rahab que solo busca como complacerles, toma un sistro de oro, y mezclando con el instrumento la melodía de su voz, entona un cántico sagrado. Horam é Isachar han oído varias veces los coros de las hijas de Israel, pero no, nunca hirió sus oídos tan deliciosa melodía, jamás el labio piadoso del hombre honró mas dignamente el nombre del Señor. "¡Oh hija de Canaan, esclama Horam admirado, por cuál prodigio en la flor de vuestros años, seducida por los placeres, rodeada del amor voluptuoso en el seno de una nación idólatra, tenéis conocimiento del verdadero Dios! ¿cómo habeis aprendido á cantar sus alabanzas en medio de los gritos y blasfemias de los infieles?" "Ah, respondió humildemente Rahab, el Omnipotente, viendo que yo pecaba por ignorancia, no ha consentido en abandonarme para siempre á las tinieblas del error. Me acuerdo de un día en que ceñida de rosas mi cabeza formaba con mis compañeras danzas voluptuosas en torno de los ídolos de Baal, y de repente me sentí cubierta de un helado sudor, y se estremeció todo mi cuerpo. Desde entonces miré al templo con horror, y me alejé á toda prisa de sus impuros umbrales. Salí de Jericó, y me puse á correr por el campo como una insensata, sin querer descansar por la noche, ni buscar de día sino el agua de algunas fuentes, que no bastaba para calmar la sed ardiente y la fiebre que devoraba mi corazón. Horrorizada de mi infeliz situación, esclamaba, con los ojos henchidos de lágrimas: ¡Ah! ¡De dónde han venido sobre mí tantas desdichas, sino porque el Dios fuerte se ha alejado de mí! Cansada un día de divagar por entre las selvas, me senté bajo los frondosos sicómoros que cubren con su sombra la orilla del río, y descubriendo desde allí la punta de Phasga, sentí una turbación hasta entonces no conocida, se redoblaron mis sollozos y el Señor habló á mi corazón. Allá, me decía yo misma, allá está el pueblo de Israel, el pueblo querido del único Dios verdadero destinado á reinar sobre la herencia de mis padres: allá reside el rey inmortal de los siglos, y el origen de toda luz. ¡Oh si allí habitara Rahab! no para seducir los siervos del Dios vivo como lo hicieron las hijas de Madian, sino para convertirse á su palabra, y volver á encerrar el reposo que huye de su corazón! Con estas ideas me tomó un sueño apacible, durante el cual me pareció ver un ángel que me hablaba. "Rahab, me decía, el Todopoderoso ha oído tus clamores desde su alto trono; te ha mirado compasivo, no solo te separa de la reprobación que ha jurado fulminar contra todos tus hermanos, aun mas es su



voluntad, que venga á nacer de tu linaje el Mesías, el cual enseñará al mundo que mas alegría produce en el ciclo un pecador convertido, que diez justos cuya inocencia no se haya jamás alterado. Purifica tus pasados desvíos con una vida pura y mortificada, y confía en la divina misericordia. Algun día el mas bello entre los hijos de Jacob te nombrará su esposa. . . .” Al pronunciar estas palabras, Rahab levanta, sin advertirlo, los ojos á Isachar, los baja al momento y se cubre de rosas su semblante, como la nube diáfana que sirve de velo al sol cuando deja el horizonte. Su voz trémula espira en sus labios entreabiertos, y no tiene aliento de acabar lo que contaba. Oyese en la puerta un ruido de tumulto. “Son sin duda los ministros del rey, esclama Rahab: tiempo ha que se teme aquí la irrupción de vuestros hermanos: se redobla la vigilancia; se reparten espías, la vista de dos extranjeros habrá producido sospechas, pero no temáis, yo os salvaré aun á costa de mi vida.” Dice, y haciéndoles subir precipitadamente á lo mas alto de la casa, les cubre con paja de lino, y corriendo abre las puertas á las tropas del rey. “Esta noche, dijo el gefe, se han visto entrar en nuestros muros dos israelitas; sabemos que se albergaron en vuestra casa, y nos los habeis de entregar inmediatamente.” “Verdad es, dijo ella, que al caer el día han venido á pedirme asilo dos extranjeros, pero creyéndose sin duda poco seguros, se han dado prisa de marchar un poco antes de cerrar las puertas.” “Rahab, replica el gefe en tono de amenaza, todos tienen fija en vos la vista, se os acusa ya de adorar en secreto al Dios de Israel; temblad si llega á descubrirse que ocultais estos péridos extranjeros.—Os he dicho que no se hallan en mi casa, responde ella con sosiego. Habrán sin duda tomado la direccion hácia el gran rio para volver á su campo.—Vuelo á su alcance, añadió el guerrero, pero si se nos escapan, temblad os repito, responsable nos es vuestra cabeza, y si huyendo os librareis de nuestra venganza, toda vuestra familia arrastrada al suplicio expiaría vuestra traicion.” Cruzando ella sus dos manos sobre su pecho é inclinando su frente con rendimiento le responde: “Estad seguro que no lo olvidaré.”

“Apenas Rahab vé alejarse al gefe con sus guerreros, corre presurosa para librar á sus dos cautivos, “El rey sabe vuestra llegada, les dice, estais en peligro, tomad esta cuerda, y á lo largo del muro, bajad con ella al campo. Mientras os busquen por la orilla del rio, ganad el valle de Janoc, atravesad el torrente de Carith, internaos en las cavernas de Sallim. Dentro tres días os llevaré algun alimento fresco y todas las noticias que nuestro gefe os encargó recoger.” “No, bella y generosa Rahab, responde Isachar con ternura, no partiremos sin vos. Seguidnos hasta las llanuras de Moab, donde nuestrós hermanos os colmarán de bendicio-

nes, y las hijas de Israel, sabrán la esposa que el Señor tiene destinada al venturoso Isachar.” “¿Cómo puedo creer, replicó ella, bajando sus ojos por un encanto de pudor, que semejante gloria esté jamás reservada á una miserable pecadora como yo?” “Lo juró el Eterno, interrumpió Isachar, la que salvará á Israel, verá su posteridad reinar en toda la Palestina y subirá al tálamo de Isachar: venid, pues, venid con nosotros Rahab, no os amedrente la fatiga del camino, ni el paso del impetuoso rio.” “No os canséis, replica la jóven resuelta, yo no abandonaré á la cólera del rey á mis ancianos padres y hermanas, y aun exijo de vosotros que me prometáis respetar sus vidas cuando Jericó caiga en poder de vuestros hermanos.” “Así lo juramos, muger generosa, exclamó Horam. Cuando veais los ejércitos triunfantes de Israel, no os olvideis de colgar de esta misma ventana un cordón purpurado: reunid luego en vuestra casa á toda vuestra familia: si algun israelita osare derramar la sangre de cualquiera de los que aquí se alberguren, se la harémos expiar con su propia sangre, pero el que se atreviere á salir de vuestra casa lo pagará con su vida, de la cual salimos garantes.” “Sea así segun decís, respondió Rahab, pero partid al punto, hijos de Jacob: aprovechad estos preciosos instantes en que la luna ocultándose tras de las nubes, os roba á la vigilancia de los espías que nos rodean.” “Y ¿quién sabe, dice Isachar, si los impíos de Jericó viéndonos escapar de sus garras, desahogarán contra vos sola todo su furor? Y qué, ¿yo abandonaré á su rabia, ilustre libertadora de Israel, elejida por el Señor, amada de Isachar! No, la mas bella entre las bellas, no lo consentiré, ven con nosotros, ven á sentarte bajo mi pabellon, allí encontrarás la felicidad. No puedo ofrecerte la púrpura, los tapices de oro y los esquisitos manjares de que se envanece la orgullosa Jericó, sí solo flores tan frescas y vivas como tu rostro, y una leche tan pura como tu corazon. Ningun adorno necesitas para dar brillo á tu hermosura, síguenos. El Señor dijo: no es bueno que el hombre esté solo. Consiente, pues, en darme la mano de esposa. ¡Oh hijo de Israel, responde Rahab enternecida, no es tan grata al oido del sediento caminante el inesperrado murmullo de una fuente, como tus palabras á mi corazon: ¡ah! tiempo hace que suspiraba yo por tí, como el infante recién nacido por el seno de su madre; pero ya te lo he dicho otra vez, por tu amor no abandonaré á los que me dieron la vida. Parte sin temor, confía en el Omnipotente, que velará sobre nosotros, y me librará del furor de los impíos. No, no hay que dudarle, exclamó Horam: el Eterno no desampara un corazon, cuya fé es tan viva y sincera. ¡Isachar! partamos sin perder un momento, nuestra detencion redobla los peligros de nuestra libertad-



ra. Si como ella nos dejamos á la bondadosa mano del Señor, mereceremos quedar salvos como ella."

"Así habló Horam, y escurriéndose por la cuerda, baja al campo. Isachar le imita con dolor. "Adios, Rahab, esclama, solo el temor de aumentar tu riesgo me puede obligar á dejarte. De aquí á tres dias vendrás á volverme la vida en el valle de Janoc. Yo te saldré al encuentro, escucharé tus pisadas, tu presencia será para mí como la yerba tierna al hambriento cordero. No tardes en reunirte con nosotros. Si por desgracia no te vieses venir, creeria que los infieles han atentado á tu vida, y luego me tuvieras aquí para morir contigo." Entonces Rahab le abre dulcemente sus brazos y le dice: "¡Generoso Isachar! ¿Quién soy yo para merecer tan alto sacrificio? No, querido de mi corazón, sea cual fuere mi suerte, yo te ordeno volver á tus hermanos y respetar tu vida, que solo pertenece al Señor."—"Adios, adios, esclama á lo lejos el apasionado israelita doblando la rodilla ante Rahab, adios, amada mia, no te abandona mi alma, junto á ti vive, sin separarse del lugar que tú habitas, y si el Señor ha de acceder á mis votos, mas velará sobre tu salud que sobre la mia." Rahab hubiera querido responder; pero su voz, sofocada por el dolor, espira en sus labios y se pierde luego por los aires; pues que Isachar, impelido por Horam, á cuyos piés dá alas el temor, estaba ya á una gran distancia. Aun le distingue la aflijida Cananea confusamente; pero la oscuridad le hace desaparecer á su vista, y sus inquietas miradas se pierden en las inmensas sombras. Procura retener su aliento y escuchar atentamente las pisadas de los dos fugitivos que resuenan apenas en medio del silencio; disminuyen lentamente, se confunden ya con el ruido del viento, y al fin se acaban de perder. Nada oye ya, y escucha todavía; si el viento agita á lo lejos las ondas del Jordán, se sorprende creyendo reconocer los gemidos de su amado alcanzado y preso por las tropas del rey. "¡Oh Eterno! esclama inclinando su frente hasta el suelo y oprimido su pecho por los sollozos, salva al amado de Rahab: nada importa que el hierro del infiel despedace mis miembros ensangrentados, con tal que Isachar quede salvo. ¡Ah! él se aleja y buye con él mi felicidad! Desde que no le veo, mis ojos no cesan de derramar amargas lágrimas, y mi alma se halla en continua agitación. ¡Ojalá las sendas por donde pase le ofrezcan sabrosos frutos para alimentarle, una fuente para saciar su sed: déncle los cedros bajo sus sombrías ramas un lecho de céspedes para conciliar el sueño! Poderoso Dios de Israel, derrama sobre él todos los beneficios, guarda para mí todas sus penas, y dale todos mis placeres, pues yo le amo mas que la paloma cam-

pesina á su jóven pichuelo que calienta con su alas y con el aliento de su amor.

"Tan ardientes eran los votos y sentimientos de la jóven Cananea, que dominada tan solo por deseos terrenos, ni aun piensa en reprimirlos. No sabe todavía que el Señor exige un corazón mas puro que no vacíe entre el amor de la criatura y el del Criador. ¿Y no era mucho en el seno de un pueblo idólatra haberse elevado su espíritu al conocimiento del Dios verdadero, consagrarse alegre y resignada á la salud de Israel, y sacrificar una pasión naciente á la seguridad y á la vida de sus padres? Por esto se complacia el Eterno en contemplarla desde su altísimo trono donde reside en medio de un océano de luz, del que es una débil chispa el sol alumbrador del universo, y dijo á los arcángeles que le rodeaban enmudecidos de respeto cubriéndose con sus alas resplandecientes. En verdad os digo, esta es la que sublimaré sobre todas las hijas de Israel, ya que me ha conocido é invocado en su tribulacion. Yo la he tomado á mi cargo, bendeciré su himeneo y los frutos de su tálamo que darán reyes á mi pueblo, y un Salvador al mundo."

Por el fragmento que acabamos de transcribir, se echa de ver que la autora de esta leyenda sagrada creyó dar mayor interés á Rahab, suponiéndola en amorosa intimidad con uno de los dos exploradores enviados por Josué. Pero prescindirémos de este ingenioso episodio, del que no hemos dado mas que la idea, y nos concretarémos al testo del historiadador sagrado.

No hay duda que informado desde luego el príncipe de Jericó de la entrada de los dos espías en su ciudad, hizo intimar á Rahab que los echase fuera; pero instruida ésta de la secreta mision de sus huéspedes, y convertida á su creencia, los hizo subir á lo alto de la azotea de su casa, y los ocultó entre haces de lino, diciendo á los enviados del rey, que habian salido ya aquella noche antes de cerrarse las puertas de la ciudad. Sabido es que en las regiones cálidas y serenas en que no son frecuentes las lluvias ni las nevadas considerables, las casas terminan en una plataforma ó terrado que sirve de lugar de recreo ó de utilidad. Aun en el día, podrá observar el viajero en la moderna Jericó, defendida solo por asperos zarzales, cómo se solazan las mugeres y los niños, y limpian su grano en el terrado, que suele ser lo mejor y mas cómodo de su habitacion, y el lugar en donde pasan así la noche como el día.

Los soldados del rey siguieron el simulado consejo de Rahab de correr en seguimiento de los extranjeros; corrieron en efecto á su alcance por el camino que conduce al vado del Jordán, y tras ellos se cerraron las puertas de la ciudad. Preciso es confesar que Rahab no usó el len-



guaje de la verdad en este lance, y no se portó con patriotismo. Nada puede justificarla enteramente de lo primero; pero Dios pudo perdonárselo por la fé que manifestó tener en el Dios de los hebreos, cuyos asombrosos prodigios tenia consternada aquella comarca, y por el deseo que la animaba de salvar la vida de los dos enviados, esponiendo la suya propia. En cuanto al amor á la patria, los intereses de Dios son superiores á todos los demas intereses. Rahab, inspirada por el Señor, que destinaba aquella region para su pueblo, debió adorar sus insondables decretos, y procurar la evasion y salvamento de aquellos esploradores, que debian salvarla despues á ella y á toda su familia de la catástrofe general. "Yo sé que el Señor, les dijo ella, os ha entregado el dominio de esta tierra, porque el terror y la consternacion se ha apoderado de todos los moradores de este país. Sabemos que el Mar Rojo abrió sus aguas en vuestra salida de Egipto, y la mortandad que causásteis á los principes de Sehon y de Og. Nuestro corazon ha desmayado; hemos quedado sin aliento, porque el Señor Dios vuestro es el mismo Dios que reina en las alturas de los cielos y acá abajo en la tierra. Juradme, pues, en su nombre portaros con la casa de mi padre con la misma compasion de que yo he usado con vosotros, dadme una señal segura con que salvar á mis padres y hermanos y todos sus bienes, librando nuestras vidas." Verificábase ya el cumplimiento de las palabras de Moisés, el cual habia prometido á los hijos de Israel que Jehová haria precederles el espanto, y entregaria á sus armas victoriosas el enemigo helado por un terror inexplicable.

Los dos enviados se empeñaron en lo que se les exijia, y juraron por su vida que no se haria el menor daño á Rahab ni á los suyos, con tal que ella permaneciese fiel á su juramento. Entonces ella los descolgó con una cuerda desde su ventana, que daba al muro, diciéndoles: "Marchaos hácia el monte, no sea que á la vuelta déis con vosotros vuestros perseguidores, y estad allí escondidos por tres días, hasta que éstos hayan vuelto, y seguid despues vuestro camino."

Agradecidos los dos hebreos á este consejo, ratificaron en la promesa de su proteccion. "Cumpliremos fielmente con el juramento que nos has exijido, si al entrar aqui estuviere por contrasena la cinta purpurada atada á la ventana por donde nos has descolgado y hubieres cuidado de reunir en tu casa á tus padres, hermanos y parientes. Si alguno de éstos se hallare fuera de tu casa, á él, no á nosotros, deberás imputar su muerte; pero de los que contigo tuvieres, te salimos responsables de su vida con nuestra cabeza. Mas si nos hicieres traicion ó divulgares nuestro convenio, entonces ya no quedaremos obligados al juramento que nos has

exijido." No podian ser mas terminantes y precisas las mútuas convenciones. Rahab, pues, hizo bajar á sus huéspedes al pie de las murallas de Jericó, los cuales fueron á refugiarse á las montañas vecinas, aguardando los tres días para que los emisarios estuviesen ya de regreso en la ciudad, cansados ya de pesquisas inútiles. Espirado este término, regresaron ellos al campo de los hebreos, dando cuenta á Josué de su expedicion, añadiéndole estas palabras: "El Señor ha puesto todo este país en nuestras manos, y todos sus habitantes están temblando al terror de nuestro nombre."

Josué entretanto tenia hechos todos los preparativos de la invasion. Las tribus de Ruben y de Gad y la media tribu de Manasés, habian obtenido de Moisés los países de Ja-zer y de Galaad, habitados antes por los amorreos, á lo largo de la ribera oriental del Jordan, pero á condicion de ayudar á sus hermanos en los trabajos de la conquista, y hasta de marchar los primeros al enemigo. Fueron, pues, invitados á dejar sus familias y sus rebaños bajo una numerosa guardia, y á engrosar con sus mas valientes soldados el ejército expedicionario. Debian soportar todos los peligros reservados á las demas tribus, y no sentarse en la paz del hogar doméstico hasta despues de sometido el país, y hecha la definitiva reparticion de las tierras. Respondieron todos á una voz: "Haremos todo cuanto nos has prescrito, é irémos á donde tú nos envíes. Asi como en todo obedecimos á Moisés, tambien te obedecerémos, con tal que Dios esté contigo como estuvo con Moisés. ¡Muera el que te resista, ó quiera oponerse á tus mandatos! Ten firmeza y obra con un valor varonil." Animadas se hallaban las tropas, y la union doblaba sus fuerzas al sentir que se acercaba la hora solemne y suprema de la marcha, antes de la cual Josué dijo al pueblo: "Venid y escuchad la palabra de Jehová, vuestro Dios. A esta señal conoceréis que Jehová, el Dios viviente está con vosotros, y que esterminará á vuestros ojos los cananecos vuestros enemigos: á vuestra frente pasará el Jordan el Arca de la alianza del Señor del universo. Cuando los sacerdotes que lleven el Arca tocarán con el pie las aguas del rio, las aguas inferiores correrán dejando el lecho enjuto, y las que vendrán de arriba se detendrán como una masa sólida." Los heraldos habian trasmitido las órdenes del gefe á las tribus para prescribir á cada cual su lugar, y anunciarles que se preparasen, como aquel habia ordenado para la ceremonia del paso del rio, á fin de que ya el dia de tan grande acontecimiento fuese acompañado de toda la solemnidad y magnificencia posibles.

Empieza, pues, á desfilar la muchedumbre. Abren la marcha los levitas, encargados de llevar sobre sus hombros el Arca santa, con largos



vestidos de lino, caminando á su frente el santo pontífice Eléazar. Coros de muchachos y doncellas cantan himnos sagrados alrededor del Arca. Innumerable multitud de guerreros formados en largas columnas á una y otra parte del Santo de los Santos, ocupan un espacio de cuatro mil codos; y en este órden admirable llega el pueblo de Israel á las orillas del Jordan.

Era la primavera en el primer mes del año hebreo. El rio se habia engrosado considerablemente por las lluvias propias de la estacion, y por los torrentes de nieve deshelada que descendian de las montañas. Pero lejos de asustarse los levitas por la rapidez y abundancia de las aguas se adelantaron sin temor con la preciosa carga que llevaban, y pusieron y afirmaron su planta sobre las ondas. Al momento todas las que descendian, se detuvieron y acumularon, remontándose de muchas leguas hácia su origen, y formando un monte elevado que se divisaba desde la ciudad de Adom, y las inferiores, siguiendo su natural declive, dejaron un largo espacio vacío, corriendo hácia el lago Asphaltite. El Arca hizo alto en medio del rio, libre de las ondas, para dar á la multitud el tiempo necesario de atravesarlo. En efecto, la multitud, sin el menor obstáculo, pasa de una á otra ribera del Jordan: el mismo brazo que le tenia detenido en su curso natural, tenia tambien como inaccionado el valor de los pueblos indigenas, desconcertando toda resistencia. Todo esto se verificaba á la vista de Jericó: delante de los hijos de Moab, del Ammon y de Cam, sin que nadie se atreviese á perturbar aquella marcha sagrada. ¡Qué espectáculo! Los israelitas, rodeados de naciones belicosas y rivales, que los contemplaban llenos de pavor, obraban con la misma seguridad que si se ocupasen en los preparativos de un triunfo ó en una fiesta religiosa! ¡El furor de las aguas y el furor de los espíritus estaban detenidos por una misma mano, mientras el pueblo de Dios entraba en los confines de su futura patria, donde debian consumarse las grandes escenas de misericordia y de amor para la regeneracion de mundo!

Josué habia recibido la órden de transmitir á la posteridad la memoria de aquel hecho portentoso, por medio de un monumento sencillo pero significativo: debia formar en la llanura un grupo de doce piedras, sacadas del lecho del Jordan. Israel no debia pasar adelante, sin erijir un monumento en señal de gratitud al prodigio que Dios acababa de obrar en su favor. Escogió, pues, doce hombres, uno de cada tribu, y mientras el Arca permanecía fija en medio del rio, les mandó traer á cada uno una enorme piedra para hacer de ellas un monton, destinado á recordar tan memorable dia á las generaciones futuras. Y cuando todo el ejército hu-

bo terminado su maravillosa travesía ante la corriente detenida y tímida sobre sus cabezas, retiráronse los sacerdotes, llevando sobre sus hombros el Arca preservadora. Al momento en que éstos tocaron la ribera occidental, las aguas libres ya del poder que las contenia, obedecieron á su peso natural, y desplomándose con estrépito, volvieron á tomar su curso ordinario.

Entre el rio y Jericó estiéndese una llanura de cerca de dos leguas, la cual se eleva desde el Jordan por grados muy perceptibles, que separan los campos unidos el uno del otro. En el dia este terreno está cubierto de una triste aridez, como un blanquico arenal, cuya superficie parece impregnada de las sales que derraman por aquellos contornos las evaporaciones del Mar Muerto. Avanzaron los hebreos hasta media legua de Jericó, sobre las alturas que dominan la ciudad, en el lugar mismo en donde fué despues edificado un pueblo llamado Galgala. Josué mandó reunir en aquel punto las piedras monumentales que se habian estraido del Jordan, y dijo al pueblo: "Cuando algun dia preguntaren vuestros hijos á sus padres: ¿Qué significan estas piedras? Los instruiréis y diréis, que á pié enjuto pasó Israel ese Jordan, secando vuestro Señor Dios sus aguas á vuestra vista, hasta que hubisteis pasado; á la manera que primero lo habia hecho en el Mar Rojo, al cual secó hasta que nosotros pasamos: para que reconozcan todos los pueblos de la tierra la diestra omnipotente del Señor, y vosotros temais en todo tiempo al Señor vuestro Dios." Y en efecto, al recuerdo inmortal de esta maravilla, preguntaba el gran poeta de la nacion hebrea á las ondas del Jordan y del Mar Rojo, si habian visto la faz ó sentido la mano de Jehová, cuando el espanto les hacia retroceder su camino, y si el Dios de Israel habia lo bastante distinguido su causa de los vanos ídolos, suspendiendo el curso de la naturaleza con estos rasgos inimitables de su supremo poder.

Quando Israël, ya libre  
Salí de Egipto, y de Jacob la casa,  
De aquel pueblo tirano  
Que tanto le oprimió con dura mano,  
Quiso el Árbitro Sumo  
Que el pueblo de Judá se consagrara  
A servirle rendido,  
Reinando él solo en su Israël querido.  
Vió el mar en sus playas  
Y huyó al momento. Viéle en sus orillas



El Jordan, y obediente  
 Atrás volvió la tímida corriente.  
 A vista de este pueblo  
 De júbilo saltaron las montañas  
 Al modo de carneros,  
 Brincaron los collados cual corderos  
 Dinos, mar, ¿por qué huiste  
 Tus espumantes ondas retirando,  
 Y tú, Jordán henchido,  
 Por qué retrocediste estremecido?  
 Y vosotros, oh montes  
 Y collados, decidnos,  
 ¿Por qué con tal porfía  
 Cual corderos saltásteis de alegría?  
 Al frente de su pueblo  
 El Dios potente de Jacob marchaba,  
 Y su faz encendida  
 Estremeció la tierra conmovida.  
 El árido peñasco  
 Abriendo, el seco y cavernoso seno  
 Manó á tu voz divina  
 Puro raudal de fuente cristalina.  
 No, Señor, á nosotros,  
 Que somos ante tí cual leve arista,  
 No, á nosotros, no al hombre.  
 Sino gloria, oh mi Dios, sea á tu nombre.  
 Hazlo para que brillen  
 Tu verdad y clemencia juntamente,  
 Y á los pueblos acalla  
 Si dijeren: ¿Su Dios en dónde se halla?  
 Nuestro Dios en el cielo  
 Tiene su trono, y á su voz potente  
 De los senos profundos  
 Del oscuro no ser sacó los mundos.  
 Los viles simulacros  
 Del iluso gentil son metal mudo,  
 Vanos como sus nombres,  
 Y hechuras de las manos de los hombres.  
 Tienen bocas y no hablan,  
 Tienen ojos sin ver, ni oye su oído,

Con manos, piés y boca  
 Insensibles están como una roca.  
 Los que númenes tales  
 Con sacrilega mano fabricaron  
 Y en ellos confiaron,  
 Estúpidos cual ellos se mostraron.  
 No así vana confía  
 La casa de Israel, que en Dios espera,  
 Y en su potente diestra,  
 Y Dios su auxilio y protector se muestra.

El paso del Jordan verificado de un modo tan inaudito, tuvo dos grandes resultados á cual mas importante: fijó sobre Josué la entera confianza de los hebreos, que veían revivir en manos de su nuevo jefe los prodigios cumplidos en otro tiempo por su libertador Moisés, y además espació la irresolucion y el terror en medio de aquellos pueblos indigenas que no se sentían ya con fuerza de sostener una causa por la cual combatía el cielo. Por esta doble razon se hizo rápida y fácil la conquista, cuando hubiera podido costar muy cara á los invasores, y tenerlos por largo tiempo detenidos. Pues los cananeos estaban muy ejercitados en la guerra, defendían sus dioses y sus hogares, habitaban ciudades fortificadas, superaban en número á sus enemigos, los cuales de otra parte llevaban tras de sí viejos, mugeres, niños y rebaños, y que sin duda no hubiera tan fácilmente vencido una liga formada de repente entre las pequeñas monarquías de aquel país. Pero no puede negarse que Josué tenía en la especial proteccion de Dios un poderoso elemento de victoria que faltaba á los cananeos.

Los israelitas hicieron alto en Galgala por algun tiempo. Cierta día, hallándose Josué en el campo, advirtió de repente delante de sí un varon que estaba en pié y con la espada en la mano. Y encaminándose á él le dijo: "¿Eres tú de los nuestros ó de los enemigos?"—"No soy lo que piensas, respondió el interlocutor, sino que soy el príncipe del ejército de Jehová, que vengo aquí á tu socorro." Postróse Josué en tierra, y adorando á Dios, dijo: "¿Qué es lo que ordena mi Señor á tu siervo?"—"Quitate, le dijo, el calzado de tus piés, pues el lugar que pisas es santo." Obedeció Josué, lleno de respeto. Y prosiguiendo la vision, mientras Jericó estaba cerrada y bien pertrechada por temor de los hijos de Israel, dijo el Señor á Josué: "Atiende, yo he puesto en tus manos á Jericó, á su rey y á todos sus valientes. Que todo tu ejército dé la vuelta á la ciudad al son de trompetas, una vez al día, durante seis dias consecutivos;



en el día séptimo, daréis siete veces la vuelta á la ciudad, tocando tambien las trompetas los sacerdotes que precederán el Arca de la alianza. Y cuando la voz de los instrumentos habrá sonado mas ruidosa á vuestros oídos, entonces toda la muchedumbre arrojará un clamor fuerte y general; las murallas de la ciudad caerán por sí mismas hasta los cimientos, y cada cual entrará por la brecha que tuviere delante de sí." Cuando la Providencia en el mundo asocia á sus proyectos la accion del hombre, no le deja ver de ordinario sino una parte de sus proyectos, ocultándole el reverso de la medalla: y solo en circunstancias muy raras deja lucir á sus ojos la antorcha de su sabiduria, haciendo que penetren algunos de sus rayos en ciertas almas privilegiadas á quienes, en carga inaugurar los grandes acontecimientos, ó preparar los caminos del porvenir.

Josué trasmitió á los sacerdotes y á los soldados las órdenes que acababa de recibir. La marcha del pueblo alrededor de Jericó debía ser constantemente silenciosa hasta la última hora en que todos los labios debían dar el grito de triunfo. Y añadióles el caudillo: "Que la ciudad sea anatema, y todo cuanto encierra consagrado al Señor. Solo Rahab, la muger pública, sea salva, con todos los que se hallen en su casa, por cuanto ella ocultó á los exploradores que enviamos. Guardaos, empero, vosotros de retener cosa alguna, por pequeña que sea, de la ciudad maldita, contraviniendo á las órdenes dadas, para no haceros reos de prevaricación, y no envolver en la turbacion y en la culpa á todo el campamento de Israel. Mas todo cuanto se hallare de oro y plata y de utensilios de cobre y hierro, será consagrado á Jehová, y guardado en sus tesoros." Era el anatema una escomunion que se aplicaba segun los diversos grados de rigor, y que podia fulminarse, así contra los individuos, como contra ciudades y naciones enteras. Penas análogas ó tal vez idénticas á este anatema de los hebreos han existido siempre en el mundo, y no es posible hacerlas desaparecer jamás. Así las legislaciones modernas decretan la muerte natural y la muerte civil, la interdiccion y el secuestro contra las personas, anatema judicial, que tiene su origen en la voluntad de Dios, fuente eterna de toda justicia, y no en la voluntad del hombre, como ha querido suponerse; derecho inherente á toda sociedad bien constituida, en la cual el castigo es una expiacion, y la impunidad seria una injusticia. Solo las sociedades ateas pueden ver en el derecho de castigar, la tiranía del hombre sobre el hombre. Para infligir penas no basta la voluntad ni la conveniencia del hombre; esta razon caducaria por su base; preciso es reconocer la voluntad de un Ordenador y Legislador supremo. El derecho de la guerra, por otra parte, ha suavizado pe-

no suprimido las venganzas que arman la espada de un caudillo afortunado contra los impios vencidos. Bajo cualquiera forma que quiera dársele, se hallará el anatema donde quiera haya una libertad que se desvía y un derecho que tiene fé en sí mismo; el código penal es tan eterno como la justicia de Dios.

Emprendióse el sitio de Jericó, pero segun el plan que habia trazado á Josué el misterioso guerrero. Duró siete días: por la mañana empezaban las operaciones: iban al frente los guerreros: seguía el Arca llevada por los sacerdotes, mientras otros sacerdotes tocaban la trompeta, y seguía por fin la multitud con orden y en silencio. Dada la vuelta á la ciudad, volviase al campamento. Esta nueva estrategia debió parecer muy inofensiva á los sitiados. Sin embargo, el séptimo día se multiplicaron las operaciones, hizose percibir el fuerte y prolongado sonido de las trompetas, levantóse del seno del ejército un clamor formidable, y los muros cayeron desplomándose por sí mismos. Subieron los hebreos al asalto, cada cual por la brecha que delante de sí tenia, y de este modo el soplo de Dios derribó todas aquellas piedras en que la orgullosa Jericó fundaba toda su esperanza; para que conociesen todos los siglos que la verdadera fuerza de los pueblos no consiste en las murallas y torres de que están erizadas las ciudades, ni en el hierro que arma los brazos, sino en la fé que llena y agita los espíritus; y que no hay acero enrojecido en el fuego de Damasco que no se doble y haga pedazos delante de una idea.

Dueños ya de Jericó los hebreos, la trataron con un estremado rigor. No solo los hombres aptos para las armas, sino los viejos, los niños y las mugeres, todo pereció al filo de la espada: hasta los animales entraron en el general degüello, y lo que no pudo alcanzar la espada, lo devoró el fuego. La desdichada ciudad tuvo que sufrir todas las consecuencias de un absoluto anatema. El oro, la plata, el hierro y el acero se reservaron únicamente para servir despues á las pompas del culto religioso. Y tal era la soveridad de las órdenes dadas por el gefe, que se apedreó á un guerrero por haber retirado del incendio y ocultado en su tienda objetos preciosos de metal y un manto de escarlata. Pronunció luego despues Josué imprecaciones sobre las ruinas de Jericó. De esta manera los antiguos pueblos condenaban á eterna muerte las ciudades que les habian resistido con alguna gloria, ó que no hubieran podido renacer de sus escombros sin causarles alguna inquietud. "Maldito sea del Señor, exclamó el caudillo hebreo, maldito sea el que levantaré ó reedificare la ciudad de Jericó; muera su primogénito cuando eche los cimientos de ella, y perezca el postrero de sus hijos, así que asiente las puertas!" No fué vana por cierto esta imprecacion. Mucho tiempo despues, bajo el reina-



do de Achab, un israelita de Bethel probó reedificar la ciudad maldita: al empezar los trabajos murió su hijo mayor, y al terminarse le fué arrebatado por la muerte su postrer hijo. Con todo, los habitantes volvieron allá llenos de confianza, tan bella era la perspectiva de los campos que la rodeaban y tan fértil su terreno, por el cual las aguas corrientes derramaban el grato verdor y la fresca regalada. Allí crecen en número considerable, palmeras que rinden un cuantioso producto, y el árbol que dá el tan celebrado bálsamo de Juden, y aquellas rosas tan ponderadas que prestan á toda la llanura un aire de fiesta perpétua y de juventud inmortal.

En medio, de la carnicería y del incendio, no quedó olvidado el juramento que garantizaba la vida de Rahab, la cual por sí misma había enbolado la convenida contrasena. Envióle Josué los dos guerreros que ella conocia para protegerla y hacerla salir de la ciudad con todos sus parientes. Esta familia quedó después incorporada á la nacion, porque la ley de Moisés no era tan exclusiva como se cree comunmente: semejante á las legislaciones modernas, que no revisten á los estranjeros del título y de los derechos de ciudadano sino bajo condiciones cumplidas con todo rigor, la ley mosaica no pretendia imponerse á todos los pueblos del universo, sino mantenerse inviolable, y no conferir privilegio sino á sus secuaces, judíos ya por nacimiento, ya por adopcion. Estos últimos, llamados tambien prosélitos, se hallan repartidos y clasificados en las diversas tribus por el mero hecho de sus alianzas matrimoniales. Así Rahab casó con Salmon, de la tribu de Judá, y hasta su nombre se halla en la genealogia de Jesucristo. Doblemente feliz, pudo escapar de los desastres de la conquista en que perecieron sus compatriotas, y sobre todo, del error y del vicio, principios funestos de la muerte del alma; y después, á pesar de su calidad de estranjera, y de las faltas de su vida primera, fué providencialmente colocada entre los progenitores del Redentor, á fin sin duda de manifestar, que no hay estranjero delante del Padre comun del linage humano, el cual vino á estender sobre todos los estravíos de sus criaturas el manto de la misericordia y del perdón.

La circunstancia-histórica de haberse incorporado después Rahab y su familia al pueblo de Israel, y el enlace de esta hija de Canaan con un hebreo, inspiró á Madama Cottin la idea de darle por esposo á uno de los exploradores empleados por Josué, con el nombre de Isachar, sacando de este hecho varios episodios que, sin faltar esencialmente al espíritu del testo bíblico, amenazan la narracion. Tal es, entre otros, el suponer á Rahab arrancada á viva fuerza de su casa, para ser inmolada al idolo Baal, y librada de las manos de los sacrificadores por el valor de Isachar en la

entrada de los israelitas en la ciudad, siendo la mano de Rahab el premio del esfuerzo y la fidelidad del jóven guerrero. Ved ahí algunos rasgos de este episodio interesante.

“El fogoso Isachar se lanzó uno de los primeros en medio de los escombros y piedras que aun iban rodando, atravesó las calles de Jericó clamando en alta voz: ¡Rahab! ¡Rahab! Vuela á la casa de su amada, allí estaban los suyos, pero ella no estaba. Su venerable padre, cubierto de un saco, con ceniza en la cabeza y derramando gruesas lágrimas, le dice: “Los malvados me han robado mi hija para inmolarla á su Dios. Dos dias hace con sus noches, que invoco al vuestro para que la salvé si llegare á oír mi ruego, me someteré para siempre á su ley.” Estas palabras agitaron el corazon de Isachar como un recio viento azota los árboles de los bosques: fuera de sí, vuela al templo de Baal. Halla las puertas derribadas, echados por tierra los ornamentos: ruedan hasta sus piés las columnas de jaspe, los vasos de oro y de plata engastados en topacios, crisólitos, zafiros y otras piedras preciosas, y llenos de los mas delicados aromas: pasa por sobre vestidos de lino finísimo de Egipto, bordados con todo el primor, y tapices de púrpura de Tiro. Aparta con sus piés tantos tesoros, los desdena, ó mas bien no los vé: solo su amada llena todo su pensamiento. Llama á Rahab, y Rahab no responde. Oprimido de dolor, hiere su pecho, se arroja sobre la tierra, derramando lágrimas que le arrancan á un tiempo la rabia y el amor. De repente Isachar cree percibir unos gemidos sofocados, corre á la parte donde salen, y llega hasta el fondo del templo, en donde el idolo Baal, oculto á todos, estaba escondido en un santuario cerrado. El israelita reconoce la voz de Rahab, que sale de este recinto: el desespero le dá fuerzas, rompe las puertas de un solo golpe; arroja todos los obstáculos, y repara á su tierra amada á los piés del idolo, desgredado el cabello, descubierta su seno, á las plantas de seis ministros de Baal, que levantaban su cuchilla para inmolarla. Lanza Isachar un grito terrible que resuena por todo el templo, y deja turbados y despavoridos á los sacrificadores. Se detienen primero suspensos; pero corridos de dejarse sorprender por un hombre solo, quieren consumir su sacrificio, mas lo intentan en vano: el hierro se ablanda en el seno de Rahab, y los brazos de los bárbaros se entorpecen como encadenados por un poder sobrenatural. Este prodigio acaba de abatirlos, pierden el valor y caen sin fuerza. Levanta Isachar su espada para inmolarios, pero le detiene la dulcisima Rahab diciéndole: “¡Amado mio! si el Eterno ha ordenado que estos hombres sufran la muerte, deja para tus hermanos este deber fatal; no manches tú tus generosas manos con la sangre de un enemigo vencido, sé clemente des-